

# “Arraigados en Cristo, edificados en Él, firmes en la fe” (Col 2,7)<sup>1</sup>

---

Ángel Cordovilla Pérez

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

MADRID

**RESUMEN** El presente trabajo es una reflexión en torno al lema elegido para la Jornada Mundial de la Juventud, Madrid 2011. Tras exponer el contexto de la Carta a los Colosenses de la cual está extraído el lema, la exhortación del apóstol Pablo es una invitación a crecer en el conocimiento de Cristo desde la relación vital con él en fe y amor; a que cada cristiano trabaje por la edificación común de la Iglesia, templo del Espíritu; y a dar testimonio de la fe en el mundo: con alegría, verdad y amor.

**PALABRAS CLAVE** JMJ, arraigados en Cristo, edificados en Cristo, firmes en la fe, templo del Espíritu.

**SUMMARY** *The study includes a series of reflections on the principal theme of the World Youth Day held in Madrid during a part of August of this year. First the author explains the context of St. Paul's Letter to the Colossians, an exhortation inviting Christians to grow in knowledge of Christ based in their vital Faith and Love relationship with Him. All Christians work toward this common building up of the Church, the Temple of the Spirit, by witnessing their Faith in the world through joy, truth and love.*

**KEY WORDS** *WYD, planted in Christ, built up in Christ, firm in the Faith, Temple of the Spirit..*

---

1 Esta reflexión catequética y pastoral fue realizada para las Jornadas de agentes de Pastoral del arciprestazgo del Barrio del Pilar en Madrid los días 23, 24 y 25 de febrero. Los tres temas propuestos para estas jornadas están sacados del lema de la Jornada Mundial de la Juventud, que reproduce a su vez un versículo de la Carta de San Pablo a los Colosenses. En la *Parroquia de Nuestra Señora de Luján* tuvimos el primer encuentro con el título: “Arraigados en Cristo: Crecer en el conocimiento de Cristo”. En la *Parroquia de la Fe* celebramos el segundo encuentro titulado: “Edificados en Cristo: Crecer en la vida comunitaria y sacramental”. Finalmente, en la *Parroquia de Nuestra Señora del Val* tuvimos el tercero: “Firmes en la fe: Testimoniar la fe con la palabra y las obras”. Presentamos aquí el material utilizado para la reflexión. No se trata, por lo tanto, de un artículo científico, ni siquiera de alta divulgación, sino de un material para ayudar a la reflexión con la Biblia en la mano para profundizar en los textos

## I. INTRODUCCIÓN

Tres verbos son los que nos van a guiar estos días: arraigados, edificados y firmes. En una primera mirada los tres verbos nos hablan de estabilidad, de permanecer, de ahondar en una realidad que ya nos ha sido dada y en la que estamos. No nos cansaremos de repetir que la vida humana y la vida cristiana comienzan ante todo con la capacidad de recibir; con nuestra capacidad de recepción; con nuestra capacidad de descubrir las potencialidades de lo que nos ya nos ha sido dado gratuitamente. No obstante, precisamente porque está dado a una persona libre, esta recepción, para que sea verdadera, implica necesariamente a la vez un crecimiento y un progreso. Pues en todo lo que pertenece a la vida humana sólo podemos permanecer en fidelidad a algo dado en la medida en que lo integramos personalmente en nuestro desarrollo personal. La vida humana y lo que concierne a ella es ante todo *vida*, es decir, crecimiento, progreso, movimiento, maduración, etc., no fósil o restos arqueológicos. Por lo tanto, los tres verbos no nos hacen una invitación a permanecer petrificados en lo que ya somos y tenemos; sino a que desde las raíces que nos dan vida; desde el fundamento que resiste, desde la fidelidad que nos da confianza, crezcamos hasta la plenitud, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud (cf. Ef 4,13).

Cada uno de los días iremos profundizando en uno de estos verbos: hoy, el primer día, vamos a fijarnos en el verbo *estar arraigado*. Un verbo que nos remite a Cristo en cuanto él es la vid en la que tienen vida los sarmientos (Jn 15,1-8), la planta en la que todos somos injertados (Rom 6); el lugar vital en el que los cristianos somos y existimos (ser en Cristo). En segundo lugar, nos fijaremos en el verbo *estar edificados*, que también nos remite a Cristo en cuanto fundamento de una construcción que es la Iglesia, fundada en él, constituida desde diversos dones y carismas para el perfeccionamiento de todos sus miembros y con la misión de que todas las cosas crezcan hacia él, sean recapituladas en Cristo, cabeza de la Iglesia y de todo el universo (cf. Ef 4,7-16). Finalmente, el tercer día nos fijaremos en el verbo *estar firmes*, que remite directamente al verbo que está detrás de la expresión bíblica de

---

bíblicos que se proponen y con el ya cercano encuentro de agosto en el horizonte. He preferido mantener el tono coloquial de la reflexión, sacrificando el rigor conceptual y las referencias bibliográficas, debido a su destino catequético y pastoral.

fe. La fe es en primer lugar firmeza y fidelidad; fidelidad a la alianza que Dios hace con su pueblo y que tiene que ser acrisolada en el testimonio de la fe en medio del mundo.

## I. ARRAIGADOS EN CRISTO

### 1. CONTEXTO

¿Por qué San Pablo pide a los cristianos de Colosas *estar arraigados o profundamente enraizados en Cristo*? Siempre es, desde luego, una buena exhortación, pero es importante conocer de una forma somera el contexto en el que surge esta petición concreta del Apóstol<sup>2</sup>. Para esto tenemos que leer el texto Col 2, 1-20 y entender el sentido general de la Carta a los Colosenses. Esta Carta, como la de San Pablo a los Efesios, pone en el centro la relación entre Cristo y el mundo, es decir que a diferencia de las anteriores, asume ante todo un horizonte cósmico y universal. Esto es digno de tener en cuenta, pues hay que ser conscientes de que los cristianos en este momento no son una muchedumbre extendida por todo el orbe de la tierra, sino más bien una minoría; sin embargo son conscientes de que Cristo y el Cristianismo tienen una vocación esencialmente universal. Cristo no es sólo el Señor de la Iglesia, quien es confesado dentro de la comunidad creyente, sino aquel por quien, en quien y para quien existe todo (Col 1,15-20)<sup>3</sup>. Él es el centro y el destino del universo. No hay potencias supraterrenas, ni fuerzas del destino que puedan romper o poner en peligro esta relación fundamental.

---

2 Cfr. R. E. BROWN, *Introducción al Nuevo Testamento*, vol. II (Madrid 2002) 777-801; E. SCHWEIZER, *La Carta a los Colosenses* (Salamanca 1987).

3 J.-N. ALETTI, *Colossiens 1,15-20. Genre et exégèse du texte. Fonction de la thématique sapientielle*, (Roma 1981); T. OTERO LÁZARO, *Col 1,15-20 en el contexto de la carta* (Roma 1999); C. STETTLER, *Der Kolosserhymnus. Untersuchung zu Form, traditionsgeschichtlichem Hintergrund und Aussage von Kol 1,15-20* (Tübingen) 2000.

San Pablo en esta carta hace referencia a una herejía que propaga la adoración “a los elementos de este mundo” (Col 2,8.20), una expresión que encontramos relacionada a la petición de estar arraigados y fundados en él. “Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundada en los elementos del mundo y no en Cristo” (Col 2,8). ¿Qué significa exactamente esta advertencia frente a esta primitiva herejía? Esta desviación de la doctrina y de la vida parece estar vinculada a una pretensión de querer sobrepasar el evangelio apostólico en el cual han sido evangelizados. Esa superación es realizada a través del conocimiento de los astros y de las prácticas ascetas, que ofrecen un conocimiento superior de los misterios y una vida religiosa más conforme a las aspiraciones personales. No se reniega de la fe en Cristo, pero se quiere completar con elementos religiosos provenientes del Judaísmo y elementos culturales provenientes del paganismo. En el fondo se cree en Cristo pero no como Señor de todo el universo. Hay algo que se le escapa y cuyo poder e influencia le supera. En nuestra relación personal e íntima con él lo reconocemos como Señor de nuestra vida, pero el universo es tan ilimitado; la fuerza del destino nos parece tan fuerte; algunas prácticas pseudo-religiosas tan eficaces; y algunas doctrinas filosóficas tan actuales, que tenemos la tentación de querer completar nuestra fe en Cristo con todos estos “elementos del mundo” que muestran su actual influencia cósmica y eficacia social. Es, por lo tanto, una creencia que piensa que necesita ser completada por otros elementos más eficaces (prácticas judías) y más actuales (astrología, potencias). La pregunta por la eficacia y actualidad de la fe es siempre necesaria, aunque peligrosa. Ante esto San Pablo afirma tres cosas centrales<sup>4</sup>.

#### a. Señorío de Cristo

Frente a esta “herejía” San Pablo insiste, en primer lugar, en el señorío de Cristo, Señor del Universo. Ya desde el inicio de la carta recuerda ese himno litúrgico referido a Cristo en el que se le rinde honor y alabanza como imagen de Dios invisible y primogénito de toda la creación. Señor de la creación y de la nueva creación. Todo ha sido creado por él, incluidas las potencias de este mundo, terrestres y supraterrrestres (Col 1,15-20). Por eso, no hay nada

---

4 Cf. TRADUCTION OECUMÉNIQUE DE LA BIBLE (TOB), “Introduction à la Épître à Colosiens” (Paris 2010) 2553-2556.

que quede fuera de su dominio y de su soberanía. El apóstol recuerda de nuevo la celebración de la victoria de Cristo sobre todos los poderes celestes y terrestres de la que nosotros tomamos parte por medio del bautismo: “Cristo es cabeza de todo principado y potestad... Canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio clavándola en la cruz, y destituyendo por medio de Cristo a las Potestades y los principados, los exhibió en público espectáculo, y los llevó cautivos en su cortejo” (Col 2,15). No hay fuerza del destino, ni realidad cósmica que se pueda escapar del señorío del Hijo del amor del Padre. La única realidad que lo determina todo es la fuerza de su amor que desplegó en su Amado y desde el cual pensó, quiso y realizó todas las cosas; y a través de quien las conducirá a su plenitud consumada. En la Eucaristía, los cristianos confesamos que él es el Santo, el Señor del universo, y que los cielos y la tierra están llenos de la majestad de su gloria. No hay poderes ni potestades en el cielo que pueden rivalizar con su señorío.

#### b. Plenitud de la divinidad corporalmente

En segundo lugar, afirma que él es la plenitud (Col 2,9). Porque es Cabeza y principio de todo, hemos obtenido en él la plenitud (Col 2,10). No podemos buscar una plenitud fuera de su persona. Él es todo; la totalidad y la plenitud. Como diría Francisco de Asís, “mi Dios y mi todo”. En él habita la plenitud de la divinidad; y Pablo añade una expresión *corporalmente*. Se refiere a la persona del Resucitado y a la Iglesia, que unido a él, que es su cabeza, forma su cuerpo. No necesitamos completar con realidades extrañas nuestra fe en Cristo. La fe es de suyo eficaz y actual. Más bien, a lo que nos invita el apóstol es a completar en nosotros, en nuestra carne, lo que falta a los padecimientos de Cristo (Col 1,24) a favor de su cuerpo que es la Iglesia. La fe no se completa con elementos ajenos, ya sea mediante un conocimiento humano y científico desde el que nos enorgullecemos y quiera entrar en competencia con la sabiduría de la fe porque nos parezca que está en mejor sintonía con los vientos culturales o unas mediaciones políticas y económicas que siempre nos parecen más eficaces desde el punto de vista humano. Esto no significa que la ciencia, la economía y la política (verdaderas fuerzas dominantes que determinan la vida de los hombres) sean negativas para la vida humana. Son esencialmente necesarias y hay que cultivarlas. Pero no podemos hacer de ellas nuevos dioses. San Pablo lo tiene muy claro. Más que desde es-

tas realidades, la fe crece desde la comunión en los padecimientos de Cristo vividos por su cuerpo, por los miembros de su cuerpo, por la Iglesia. Este es el camino escogido por nuestro Señor para realizar su misión en medio de los hombres y es también el camino que Cristo nos invita a recorrer a sus discípulos (cf. LG 8). ¿Nos avergonzamos de su aparente pequeñez y fragilidad? ¿Pensamos que la fe en él debe ser completada por otras cosas en cuanto fe, es decir, no en cuanto mediaciones necesarias, sino en cuanto realidades absolutas en el que *confiamos* en realidad nuestra vida? Si no lo decimos teóricamente, ¿cómo es en nuestra vida real? A la hora de la verdad, en momentos cruciales, ¿desde dónde tomamos las decisiones últimas y decisivas?

c. Victoria participada mediante el bautismo.

En tercer lugar, este señorío y plenitud de Cristo no son sólo para él, sino para ser comunicados a los creyentes. Él es primogénito de la creación y primogénito de entre los muertos. Él ha querido asociarse a sus hermanos los hombres haciéndoles partícipes de su reino y su señorío. Por eso nos invita el apóstol a que “con alegría, demos gracias al Padre que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz” (Col 1,12). ¿Cómo nos ha hecho partícipes? No por nuestros méritos; no por un conocimiento superior, sino de forma absolutamente gratuita: “Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él” (Col 2,13). Esta gracia nos llega a través del bautismo: “Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó de entre los muertos” (Col 2,12). A la victoria de Cristo se asocian los creyentes por medio del bautismo y ésta funda su libertad en el mundo frente a todo tipo de esclavitud y servidumbre. Hemos muerto al pecado para andar ya en una vida nueva. Ni el pecado ni la muerte, ni principios ni potestades tienen poder sobre aquellos que han sido sepultados con Cristo en la muerte y resucitados para una vida nueva. Hemos nacido de nuevo para vivir para Dios en Cristo Jesús (cfr. Rm 6,4-11). No hay, por lo tanto, que hacer cosas raras. La novedad de vida, la participación y el crecimiento en el conocimiento de Cristo como un conocimiento vital y personal, no sólo teórico, nacen del hecho gratuito de nuestro bautismo. No hay que buscar un conocimiento extraño y paralelo para unos cristianos especiales. Todo nace en el bautismo como un don de Dios otorgado a nosotros por su Hijo. Lo demás es un despliegue de esta gracia bautismal que cada uno de nosotros

debemos hacer crecer y fructificar. Y en este contexto hay que entender la imagen bíblica del enraizamiento y la fundamentación en Cristo de nuestra vida, así como la de la firmeza en la fe.

## 2. IMAGEN BÍBLICA

La invitación de San Pablo a vivir enraizados en Cristo es una imagen bíblica que aparece en diversos lugares de la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento tiene que ver la imagen de Yahvé como jardinero y viñador de su viña: el pueblo de Israel (cf. Is 5,7; Jer 2,21, Ez 15,1-8), que será retomada después en el evangelio de Juan en la imagen de Cristo como vid verdadera, de la que los discípulos son sarmientos (cf. Jn 15). La imagen es aplicada para poner de relieve el amor y la elección de la que el pueblo de Israel es objeto. Plantada y protegida por Dios, tiene a su vez que dar frutos de justicia. Si no responde a este cuidado y elección divinas, la viña es amenazada de destrucción en su juicio escatológico. Para Juan la verdadera vid es Cristo y los discípulos que se vinculan vitalmente a él por la fe, también deben producir frutos y dejarse podar para producir más frutos (1Cor 3,6-9). De esta imagen me gustaría subrayar tres cosas: arraigarse en Cristo es un don de Dios; implica una relación vital, no sólo teórica; por eso, esta unión en la fe y el amor sólo puede expresarse finalmente en frutos de justicia y caridad.

### a. Don de Dios

Esta imagen bíblica nos habla ya en primer lugar de cuidado y amor de Dios. Arraigarse en el texto de Colosenses está en pasiva. Además el contexto inmediato del versículo que estamos comentando, afirma con toda claridad: “ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él” (Col 2,6), y entonces explicita esta unión: “arraigados y edificados en él, afianzados en la fe” (Col 2,7). Se trata, en primer lugar de recibir, de acoger, de aceptar; después de *mantenerse en esa unión* que previamente nos ha sido dada como gracia. El enraizamiento no empieza en nosotros, sino en el cuidado y amor de Dios. Hemos sido injertados en él por la gracia del bautismo (Rm 6) no por una razón o fuerza personal. La relación vital con Cristo es un don de Dios. No hemos sido nosotros los que hemos dado el primer paso para

permanecer arraigados en él, sino que ha sido él quien ha querido enraizarse en nuestra tierra y en nuestra vida. Él es quien ha venido a nosotros, insertándose en la genealogía de los hombres, para así, desde dentro de nuestra historia y nuestra tierra, pueda germinar desde ella la gracia, la justicia del Reino. Sólo en la medida en que nos hagamos más conscientes de la gratuidad de la acción de Dios en nuestra vida, seremos más capaces de permanecer en él. El texto paralelo de la vid y los sarmientos en el evangelio de Juan, subraya esto mismo con mucha fuerza. Si bien es verdad que repite hasta siete veces el verbo permanecer como clave de la relación entre Jesús y los discípulos: permanecer en él, en el amor, etc., esto sólo es posible como respuesta al permanecer de Jesús en nosotros, dándonos el amor con el que él ha sido amado por el Padre.

#### b. Relación vital

En segundo lugar, se trata de una relación entre Cristo y el cristiano en la fe y el amor. No es una relación sólo teórica, sino vital. La fe y el amor implican el conocimiento pero no se reducen a él. Por eso cuando hablamos de progresar en el conocimiento de Cristo, no nos referimos sólo a un problema teórico, sino ante todo a una relación viva y vital con él. La imagen de la vid y los sarmientos, de la raíz y de la planta, nos ayuda a entender que se trata de un crecimiento orgánico y total. Conocer a Cristo significa estar enraizado vitalmente en él, reconociéndolo como la raíz que nos otorga la savia necesaria para vivir y dar fruto. Desde luego que todo cristiano ha de crecer en el conocimiento teórico y conceptual de la persona de Cristo, pero este sólo está en función del encuentro personal. Buscando una cierta relación con el capítulo 5 de Isaías<sup>5</sup>, el Evangelio de Juan establece la relación entre Cristo y los discípulos desde el verbo permanecer<sup>6</sup>. Permanecer en la fe y en el amor. Dos realidades que sólo pueden vivirse desde la relación personal. La fe y el amor nacen de una libertad personal que se entrega a otra, no para ser dominada por ella, sino para establecer una relación de mutua y libre dona-

---

5 Cf. L. A. SCHÖKEL, L. SICRE, *Profetas. Comentario*, vol 1 (Madrid 21987) 133-134; W. BRUEGGEMANN, *Teología del Antiguo Testamento* (Salamanca 2005), 278-280.

6 Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, vol. III, (Madrid 1980); ID., *El Evangelio según San Juan*, vol. IV, (Madrid 1987) 162-174; J. ZUMSTEIN, *L'Évangile selon Saint Jean* 13-21, (Genève 2007), 94-111.



ción. Dios se ha dado a nosotros libremente en Cristo, y como respuesta nosotros nos damos y entregamos a él. Esta relación personal, análogamente a otro tipo de relaciones entre personas, no puede quedarse estancada o ser vivida por nosotros de una vez para siempre. Necesita ser alimentada, acrecentada, cuidada, fortalecida, profundizada.

### c. Relación que da frutos

La imagen de la relación entre la viña y los sarmientos y de la raíz y el árbol para mostrar la necesaria relación entre Cristo y los discípulos, nos lleva a la relación posterior entre el discípulo de Cristo y las obras que nacen de esa relación. Dicho de una forma más sencilla: "Por sus frutos los reconoceréis". Es verdad que esta perspectiva la trataremos el último día, cuando hablemos del testimonio que ha de dar el cristiano de su fe en el mundo por medio de la palabra y de sus actos. Pero ya hoy hay que poner de relieve que sólo sabemos que estamos arraigados en Cristo, si producimos los frutos del Espíritu de Cristo. La imagen de la poda para quitar las ramas que no dan fruto, o cortar las que lo dan, para que den más y mejor fruto, se sitúa en esta dirección. Esto no significa que lo importante sea hacer, pero sí que el fruto es el criterio de verificación y autenticación de nuestra relación con Cristo. Parafraseando la cita de la primera carta de Juan (por traer otro testimonio), nadie puede decir que ama a Dios, que tiene una relación de amor con él, si odia a su hermano. Este es un mentiroso y la verdad no está en él. Quien está arraigado en él, produce frutos de amor, de justicia, de alegría, de paz, etc., los frutos del Espíritu (cf. Gal 5,23). Y viceversa, sólo pueden producirse esos frutos de una forma constante quien permanezca unido a la fuente de este amor (sea consciente o no de ello, esto es otra cuestión).

## 3. EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

Desde estos presupuestos podemos entrar finalmente al tema del progreso en el conocimiento de Cristo desde nuestra relación vital con él. Porque repito, la cuestión que nos planteamos no es un progreso que exclusivamente nos haga crecer en el conocimiento teórico de su figura, sino de relación personal con su persona. No obstante, no están en contradicción. Cuando se ama a una persona, inmediatamente nace un deseo de conocerla

mejor. Por lo que un conocimiento raquíutico de su persona, también teórico, denota una falta de amor. Ahora no se trata de dar una clase de cristología. Sino que más bien quiero subrayar los ámbitos actuales de su presencia. Porque lo que nos ha de importar ante todo no es saber más de Cristo, sino encontrarnos con él. Con una persona viva.

Si tomamos como trasfondo el texto de los discípulos de Emaus, nos puede ayudar a determinar los lugares esenciales para el conocimiento de Cristo en el sentido múltiple de la palabra: como lugares donde nos encontramos con él; lugares en el que aprendemos de él; lugares en los que aprendemos sobre él. Estos *lugares (topoi*, decían los clásicos) son: el camino de la vida abierto a la compañía del extraño que se nos acerca; la lectura de la Palabra interpretada desde la persona de Cristo; la fracción del pan como memorial de su cuerpo entregado y sangre derramada por nosotros; la asamblea eclesial reunida para dar gracias a Dios. Por lo tanto, vida, palabra, eucaristía e iglesia. Estos son los cuatro lugares fundamentales del encuentro con Cristo y de su conocimiento.

a. El camino de la vida humana o la vida humana como camino.

La vida humana en su camino es lugar del encuentro y conocimiento de Cristo por el misterio de la encarnación. Cristo se hizo uno de nosotros. Él mismo ha pasado por todas las edades de la vida, santificándolas, convirtiéndolas así en lugares esenciales de nuestro encuentro con él. El nos conoce desde dentro de nuestra experiencia humana: la alegría del alumbramiento unido al drama del nacimiento; la paciencia del crecimiento y la maduración personal; la importancia del aprendizaje familiar y escolar; la relación sencilla con Dios en la oración aprendida en la tradición religiosa de un pueblo y una familia; la dificultad de la vida y la ley del trabajo; la comprensión de vivir una misión y un destino; la ilusión por la realización de un proyecto para el que uno ha sido destinado; la decepción por la falta de respuesta de muchos contemporáneos; la experiencia de la soledad y de la muerte; la esperanza última y radical en la resurrección. Todos ellos son lugares en los que Cristo nos conoce desde dentro por experiencia personal y que se pueden convertir para nosotros en lugares del conocimiento de Cristo<sup>7</sup>. No hay que huir de la vida humana para encontrarnos con él. Él nos invita a

---

7 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *¿Nos conoce Jesús, lo conocemos?* (Barcelona 1980).

que vivamos esta vida hasta el fondo, desde el ejemplo y el modelo que encontramos en él: “trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre” (GS 22). Este es un lugar esencial para el progreso en el conocimiento de Cristo: las manos que trabajan, la inteligencia que piensa, la voluntad que obra, el corazón que ama. En un camino de ida vuelta: él nos conoce a nosotros desde nuestra misma experiencia humana; para que nosotros podamos conocerle a él en su vida radicalmente humana, y así nos enseñe a ser realmente y plenamente hombres.

b. La palabra de Dios.

Conocer a Cristo desde las Escrituras y las Escrituras desde Cristo. Benedicto xvi acaba de publicar una encíclica sobre la palabra de Dios: *Verbum Domini*. En ella invita a los fieles a que convirtamos la Palabra de Dios en fuente y alma de nuestra vida cristiana. Aquí cita el texto clásico de San Jerónimo donde advierte a los cristianos que desconocer las Escrituras significa desconocer a Cristo. Pongámoslo en positivo. Para conocer a Cristo tenemos que dirigirnos a la Escritura. Ella nos da testimonio de él, por lo que en ella encontramos el retrato más real y logrado de la figura y de la persona de Jesús. Precisamente en el texto de Emaus que tenemos como trasfondo de esta parte nos dice el evangelista san Lucas que Jesús, después de reprochar su torpeza y necedad para creer, “comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería e él en todas las Escrituras” (Lc 24,28). Hay dos líneas fundamentales para entender correctamente la persona de Jesús: la línea horizontal e histórica que lo conecta con la tradición y experiencia religiosa que encontramos en el Antiguo Testamento y lo sitúa especialmente en su misión por la instauración del Reino. Aquí podemos entender muchos de los títulos que los discípulos de Jesús le pusieron una vez que lo vieron resucitado de entre los muertos: Profeta, Mesías, Maestro, Siervo, Hijo del hombre... , reconociendo que en Jesús se cumple y lleva a plenitud lo que en el Antiguo Testamento era promesa. La otra línea es la vertical y teológica que comprende a Jesús desde Dios, el Padre (*Abba*), y desde dónde habría que entender los títulos, Hijo de Dios, Verbo de Dios, Señor, comprendiendo que en él no sólo se lleva a plenitud la historia anterior esperada y anhelada por el pueblo de Israel, sino que significa la misma presencia de Dios en medio de los hombres (*Enmanuel*).

### c. Al partir el pan

En el relato de Emaus, la palabra explicada por Cristo a sus discípulos calienta el corazón. Pero el acto del reconocimiento de su persona llega *al partir el pan*. Es el gesto por antonomasia de Jesús. Lo que realmente lo identifica en su persona y su misión más propias. Para San Lucas, y también para nosotros, se trata ya de la primera eucaristía de la Iglesia que concentra la comunión de mesa de Jesús con los pecadores, gesto supremo de lo que significa la llegada del reino en medio de los hombres como gracia absoluta; la última cena con sus discípulos, como acción que interpreta y realiza el sentido salvífico de su muerte por nosotros; y las comidas pascales en las que Jesús resucitado vuelve a reunirse y encontrarse con lo suyos. Una fracción del pan que tiene una implicación eclesial (comunión) y una implicación social (solidaridad).

### d. La comunidad del Señor

La fracción del pan nos sitúa ante la última cena de Jesús y la primera eucaristía de la Iglesia. Son indisociables. Conocer a Cristo no es conocer a un personaje del pasado. Es reconocerlo en la comunidad cristiana como Señor vivo y Resucitado que está en medio de nosotros. Conocerlo, por lo tanto, es descubrir una presencia, misteriosa y escondida, pero real, que está ahí pronta y presente para que inmediatamente se nos manifiesta: en el prójimo que está a nuestro lado mientras vamos de camino; en la palabra que él mismo nos va explicando y descifrando para nosotros; en el pan y la copa que es bendecido, partido y repartido entre los comensales; en la asamblea cristiana que se reúne para dar gracias a Dios por el don de su Hijo y pedir de nuevo la gracia de su Espíritu. Que este Espíritu nos haga conscientes del don que ya hemos recibido por el bautismo (ser en Cristo) y nos de la fuerza y aliento necesario para arraigarnos y enraizarnos más profundamente en Cristo.

## III. EDIFICADOS EN ÉL

El segundo verbo que aparece en el lema de las JMJ es “*edificados en él*”. Si la primera imagen a la que nos enfrentábamos ayer era del mundo ve-

getal, vinculada a la imagen de una planta o de la relación entre la vid y los sarmientos (Jn 15), la imagen de hoy tiene que ver con el mundo de la construcción. Y si es verdad que nos vuelve a remitir a Cristo como piedra y fundamento de la vida cristiana, lo hace poniendo de relieve la imagen de un edificio. En otras palabras, nos remite a la Iglesia comprendida con la imagen de la edificación de Dios (1Cor 3,9), donde Cristo es la piedra angular a partir de la cual se van ensamblando otras piedras hasta que el edificio queda perfectamente acabado. Enraizarse en Cristo implica querer ser edificados en él, es decir, disponerse a formar parte de su edificación, que es la Iglesia. Pues aunque Cristo y la Iglesia no se identifican, sin embargo ya hemos visto que son inseparables.

## 1. UNA IMAGEN BÍBLICA

Hay diferentes imágenes para hablar del misterio de la Iglesia: redil, cuya única puerta es Cristo; grey cuyo pastor es Dios mismo; campo de Dios, en donde crece la vid y los sarmientos. Y, después, las imágenes más fuertes que son ya casi una definición como las de pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. La de pueblo y la de cuerpo han sido las dos “imágenes más desarrolladas”. Pero, junto a ellas, no podemos olvidar la imagen también paulina de la edificación y dentro de esta imagen amplia especialmente la de la Iglesia como templo del Espíritu<sup>8</sup>. Escuchemos al Vaticano II cuando se refiere a esta imagen de la Iglesia:

El mismo Señor se comparó a una piedra rechazada por los edificadores, pero que fue puesta como piedra angular (Mt 21,42; cf. Hch 4,11; 1Pe 2,7; Sal 117,22). Sobre aquel fundamento levantan los apóstoles la Iglesia (cf. 1Cor 3,11) y de él recibe firmeza y cohesión. A esta edificación se le dan diferentes nombres: casa de Dios (1Tm 3,15) en que habita su familia, habitación de Dios en el Espíritu Santo (Ef 2,19-22), tienda de Dios con los hombres (Ap 21,3) y sobre todo templo santo...

---

8 Cf. H. SCHLIER, “Eclesiología del Nuevo Testamento”, en: J. Feiner-M. Löhrer (eds.), *Mysterium Salutis* IV/1 (Madrid 1984) 169-187.

porque en ella somos ordenados en la tierra como piedras vivas (1 Ped 2,5). San Juan en la renovación del mundo, contempla esta ciudad bajando del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo (Ap 21,18)<sup>9</sup>.

La imagen de la *edificación* referida a la Iglesia puede comprenderse a su vez en diferentes modelos: la *construcción* es edificada por Dios (1 Cor 3, 9: “ya que somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, edificación de Dios”); la casa que puede entenderse tanto en el sentido de la comunidad particular (Gal 6,10) o la Iglesia universal (Ef 2,19) en la que habita la familia de Dios y es morada del Espíritu; la *ciudad*, en cuanto ciudad celeste, Jerusalén de arriba, actual y libre, que es nuestra madre (Gal 4,21-26; Flp 3,20); el *tabernáculo* o lugar de la presencia de Dios entre los hombres donde es posible en encuentro con Dios (Ap 21, 3-4: “Oí una fuerte voz que decía desde el trono: ‘Esta es la morada de Dios con los hombres, pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo, y él, Dios-con-ellos será su Dios”); como *templo* santo construido con piedras vivas que son cada uno de los fieles, que junto a Cristo forman el edificio espiritual, en medio del cual Dios mora y habita: “Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por medio de Jesucristo” (1Pe 2,4-5).

En este contexto es necesario subrayar tres ideas antes de contemplar la imagen de la Iglesia como templo del Espíritu. En primer lugar, esta imagen nos remite al evangelio de Mateo y la parábola de *edificar la vida sobre roca*. No es directamente una imagen eclesiológica, pero la presupone. Para Mateo edificar sobre roca significa acoger la palabra de Dios y ponerla por obra; oír la palabra y poner en práctica (cf. Mt 7,24-27). No obstante, esta relación entre palabra y acción puede ponerse en relación con la imagen de la Iglesia, signo de que los hombres somos llamados a romper nuestra soledad, aislamiento e indefensión para vivir en comunión y solidaridad. Para Mateo esta imagen de la piedra y de la roca puede ser interpretada desde la imagen de la Iglesia como construcción. Para él la Iglesia está fundada en Pedro y su

---

9 *Lumen Gentium* 6. Cf. G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, tomo I (Barcelona 1968) 124-132; esp. 129-130.

confesión de fe de que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías. Pedro es la piedra de la Iglesia en cuanto confiesa el corazón y centro de la fe. Dios, como templo y construcción, nos construye sobre roca para que no nos veamos arrastrados por temporales o derruidos por las lluvias (Mt 16,16; 18,16).

La segunda idea es que *la piedra es Cristo*. Con el contraste de que ha sido rechazada por los hombres, pero convertida por Dios en piedra angular. Desde nuestra mentalidad, este fundamento nos parecería inestable. Pues Dios escoge para su construcción lo que es despreciado por los hombres (cf. 1Cor 1,25-30). Sin embargo, nadie puede poner otro fundamento que no sea Cristo (cfr. 1Cor 3,11). En la primera meditación veíamos que los cristianos de Colosas implícitamente querían llenar el vacío dejado por Cristo. Pensaban que su carencia debía ser colmada con prácticas piadosas del Judaísmo y creencia en los principados y potestades de este mundo. Pablo les recordaba que él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación y plenitud de la divinidad corporalmente manifestada. Si en algo queremos completar, llevar a plenitud, es compartiendo con él, en nuestro propio cuerpo, ese sufrimiento de ser rechazado por los hombres. No nos avergoncemos de la piedra que es nuestra roca y fundamento.

En tercer lugar, la Iglesia como edificación de Dios es una *realidad viva*: habitada y alimentada por la presencia de Dios, se va construyendo y edificando a través de sus miembros. En ella habita el Espíritu, presencia viva y decisiva para lo que es la Iglesia. Pero a la vez tiene una estructura visible y ordenada en diferentes ministerios y carismas. Esta doble relación entre la Iglesia morada del Espíritu y la trabazón visible y organizada según un orden Cristo-apóstoles-profetas aparece con toda claridad en este texto con toda una serie de referencias simbólicas, muy ricas e imposible de reducir a una unidad:

Así pues ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros con ellos estáis siendo edificados, para ser morada de Dios por el Espíritu (Ef 2,19-22).

La imagen que presupone es la de la Iglesia universal formando una unidad, un tejido, una realidad formada de muchos elementos, una vida en

crecimiento, un plan orgánico que se realiza. Para describir esta realidad utiliza conjuntamente una serie de símbolos como la ciudad, la familia, la edificación, el templo, la morada. De todos ellos, para poner de relieve la trabazón visible y la presencia invisible, pero real, del Espíritu, utilizamos la expresión clásica de que la Iglesia es templo del Espíritu.

## 2. TEMPLO DEL ESPÍRITU

En el Símbolo apostólico la Iglesia aparece al inicio y al final. Ella es quien nos entrega la fe formulada en palabras a quien, después de un acto de conversión, quiere entregarse a Dios revelado en Cristo y dado en el Espíritu. La Iglesia nos entrega la fe, nosotros creemos en ella y a partir de ella. En este sentido hablamos de la Iglesia como madre y que la fe, el bautismo y la eucaristía son realidades constitutivamente eclesiales. Los cristianos decimos “yo creo”, para expresar nuestra incorporación libre y personal a la fe de la Iglesia, pero ese yo es a la vez comunitario y corporativo<sup>10</sup>. La Iglesia también aparece al final, como una consecuencia de la acción de Dios en la historia de la salvación, que el Padre diseña, el Hijo realiza y el Espíritu lleva a consumación y plenitud. Inmediatamente después de la mención al Espíritu, decimos creo en la Iglesia, como el lugar y el ámbito donde el Espíritu continúa haciéndose presente en la vida de los hombres y continúa realizando la historia de la salvación mediante los sacramentos del bautismo y la comunión de los santos (eucaristía), el perdón de los pecados (penitencia) para recrear al hombre mediante la resurrección y otorgar a todos una existencia nueva (santidad y vida eterna). Los sacramentos y sus frutos son situados en el Símbolo de los Apóstoles como frutos de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Esta relación entre el Espíritu y la Iglesia es subrayada después por la tradición cristiana. Entre los innumerables textos hay que destacar este de San Ireneo de Lyon: “Porque donde está la Iglesia allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios está la Iglesia y toda gracia: porque el Espíritu es la verdad”<sup>11</sup>.

---

10 S. PIÉ-NINOT, *Creer en la Iglesia* (Madrid 2002) 5-12.

11 IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, III,24,1.



Para explicitar esta relación entre la Iglesia y el Espíritu la tradición cristiana ha acuñado una expresión inspirada en la Sagrada Escritura, aunque no se encuentra literalmente en ella: La Iglesia es templo del Espíritu<sup>12</sup>. Precisamente con esta afirmación se quiere expresar que la Iglesia es el lugar de la presencia, de la revelación y de la acción del Espíritu Santo. Esta imagen en el Nuevo Testamento, antes que a la Iglesia como realidad universal, nos remite a Cristo, nuevo templo de Dios, y a cada uno de los cristianos. Para San Juan, el nuevo templo de Dios es la humanidad glorificada de Jesucristo. Este cuerpo muerto y resucitado de Cristo, que representa el nuevo templo de Dios, se prolonga en el cuerpo universal que es la Iglesia. San Pablo aplica esta idea al individuo, al cuerpo del cristiano: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es sagrado y vosotros sois ese templo” (1Cor 3,16); “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad por tanto a Dios en vuestro cuerpo” (1Cor 6,19-20). La imagen del templo del Espíritu Santo, antes que a toda la Iglesia nos remite cada cristiano en toda su dimensión, incluida la corporal, es habitación de Dios; es decir, está habitado de la plenitud y santidad de Dios. Por otro lado, él es propiedad de Dios, ya no se pertenece a sí mismo, tiene dueño, señor y vigía de su existencia. Ya no tiene que vivir bajo la pesadumbre de tenerla que guardarla y asegurarla; su tarea es de cuidado y vigilancia para que el pecado no suplante la presencia del Espíritu.

Aplicada esta idea del templo del Espíritu a la Iglesia en su totalidad, no ya a cada cristiano, podemos destacar una serie de ideas fundamentales:

#### a. El significado escatológico

La idea de la Iglesia como templo tiene un importante significado escatológico. Esta palabra no hay que entenderla vinculada a las imágenes apocalípticas, sino a que ella es signo de la presencia definitiva de Dios en medio de los hombres; de su revelación irrevocable y donación irreversible. La promesa de la restauración del templo o reaparición del templo o de Jerusalén

---

12 Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 797-801; H. SCHLIER, “Eclesiología del Nuevo Testamento”, 169-170; Y. CONGAR, *El misterio del templo* (Barcelona 1964).

anunciada en el Antiguo Testamento se cumple en la Iglesia del Nuevo Testamento. El nuevo templo de Dios expresa que han comenzado los nuevos tiempos, los tiempos definitivos. La Iglesia, como templo de Dios, es signo y sacramento de que ha comenzado ya el reino en la tierra; no se identifica con él, pero anuncia su inicio e inauguración. Ella “constituye en la tierra el germen y el principio de este reino” (LG 5). La Iglesia es el templo mesiánico y escatológico, anunciado por los profetas, es decir, el lugar definitivo de la presencia de Dios, de su revelación, y donde el hombre en agradecimiento y acción de gracias, le devuelve en alabanza ese amor y gracia. La liturgia expresa muy bien esta dimensión escatológica de la Iglesia peregrina. Por ejemplo en la Eucaristía, centro donde acontece esta revelación y donación de Dios a los hombres, y donde los hombres respondemos en acción de gracias a Dios uniéndonos con la Iglesia celestial: “Santo, Santo, Santo es el Señor, los cielos y la tierra...”. La última parte de la plegaria eucarística expresa esa comunión con la Iglesia celestial. María, los apóstoles, los mártires, los santos... los que se durmieron en el Señor. ¿No hemos perdido un poco esta tensión escatológica? Si durante una etapa en la Iglesia católica todo era cielo, vida eterna, más allá, parece que ahora hemos perdido un poco esta perspectiva centrándonos casi exclusivamente en la vida terrena y mortal. En esto hemos retrocedido a los estadios más primitivos del Antiguo Testamento donde la promesa de Dios estaba estrechamente vinculada a realidades materiales como la descendencia y la tierra. Sin caer en extremos, ni en una vuelta a esa física de las postrimerías, sería necesario recuperar esta comprensión escatológica de la existencia cristiana y de la comunidad eclesial. Vivimos ya en el tiempo escatológico, es decir, último y definitivo, mientras aguardamos la venida final y consumadora del Señor en gloria. Esta doble perspectiva de la vida cristiana se muestra muy bien en la aclamación que hacemos después de las palabras de la consagración en la Eucaristía: “¡Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús!” Esta presencia y expectación han de fundamentar nuestra alegría y esperanza cristianas.

#### b) La necesidad de estructura

En segundo lugar, la imagen del templo *implica la de la estructura*. La Iglesia está tejida, estructurada y trabada como una edificación. La Iglesia no es ni una comunidad puramente espiritual, tiene una estructura, ni una conjunción desorganizada y superpuesta de hombres y mujeres que comparten

un proyecto o ideal común. La Iglesia es ante todo el edificio que Dios edifica y construye. Él es quien diseñó el proyecto, el que ha hecho los planos y el que lleva el proyecto a su realización definitiva. Podríamos decir, parafraseando a Ireneo de Lión, que lo lleva adelante con sus dos manos: el Hijo y el Espíritu. Los demás, plantamos y regamos; pero sólo él es quien lo hace crecer y da consistencia: “Porque nosotros somos cooperadores de Dios y vosotros sois campo de Dios, edificación de Dios” (1Cor 3,6-9). La Iglesia tiene una estructura, es decir, es una construcción ordenada, no por aglomeración o asentamiento espontáneo. Cristo es el fundamento del edificio. Y nadie puede pretender edificar fuera de este fundamento o poner otro. Después, querido por Dios a través de Cristo, hay diferentes funciones, carismas y ministerios, que aunque son igualmente importantes en el crecimiento y articulación del edificio, tienen funciones diversas que no se pueden alterar<sup>13</sup>: “El constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelizadores, a otros pastores y doctores, para la perfección de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación en el cuerpo de Cristo” (Ef 4,11-12). A veces nos cuesta asumir este orden en la estructura y en la construcción. Otras veces quien ha sido puesto en una misión y cargo determinado no realiza eficazmente su función. Cada cual ha de saber cuál es su puesto y su misión. Hoy hablamos en la Iglesia de tres carismas esenciales: el ministerio apostólico, los fieles laicos, la vida religiosa. Cada cual tiene su sentido y su función. Lo importante es que respetando cada uno el carisma y la misión que ha recibido, seamos conscientes de que la composición del edificio resulta de la integración en él de materiales diversos. Y más aún. Todos estamos llamados a colaborar en esa construcción, poniendo lo mejor de nosotros mismos. Al final se pondrá de manifiesto quien aporta oro que perdura y quien paja y barro que finalmente se deshace. Por eso el apóstol nos exhorta. Cada cual mire cómo edifica: “Según la gracia de Dios, que me fue dada, yo como sabio arquitecto, puse los cimientos, otro edifica encima. Cada uno mire como edifica, que en cuanto al fundamento nadie puede poner otro sino el que está puesto, Jesucristo. Si sobre este fundamento uno edifica oro, plata, piedras preciosas, heno o paja, su obra quedará de manifiesto” (1Cor 3,10-11). ¿Qué aportamos a la construcción de este edificio de Dios? Las migajas, los restos, lo que nos sobra,

---

13 Cf. A. VANHOYE, *I carismi nel Nuovo Testamento. Dispense ad usi degli studenti* (2ª edizione riveduta e ampliata) (Roma 1997).

o lo mejor de nosotros mismos. Finalmente la construcción será concluida con la piedra angular, la clave de bóveda en la que queda ensamblado todo el edificio consagrado en gloria y honor del Padre creador. Cristo es así, la piedra de cimiento, quien por su Espíritu da consistencia y vida a este edificio, y la clave de bóveda de lo consuma. La Iglesia como templo del Espíritu remite a Cristo, como fundamento; a todos y cada uno de los cristianos en cuanto que formamos parte de ese templo; donde cada uno tiene autoridad, ministerio y función diferentes como realidad dinámica que implica crecimiento y consumación (Y. Congar).

#### c. Lugar de la presencia y acción de Dios

La tercera idea vinculada a la Iglesia como templo es que ella es *el lugar de la presencia y acción de Dios en el Espíritu*<sup>14</sup>. Cuando San Pablo dice que “somos templo del Dios viviente” remite a las profecías que encontramos en el libro del Levítico y el profeta Ezequiel que prometen que para el futuro Dios se revelará a su pueblo, será su Dios y estará con ellos (Lev 26,11-13; Ez 37,26-28). La Iglesia se debe al Espíritu, porque él la suscita a la existencia, le confiere trabazón, le alienta la vida. Ella es fruto del Espíritu y en ella opera el Espíritu. Él es el principio de los ministerios y de los dones que él reparte a cada uno de los fieles. Su acción en la Iglesia y en el creyente; y desde ella en el mundo, según los textos del Nuevo Testamento, pueden resumirse en cuatro puntos:

El primero se refiere a la afirmación de que el Espíritu tiene una función fundamental en el proceso de *justificación y nueva vida del creyente*. Cristo es el Salvador. Pero sólo en el Espíritu nosotros somos alcanzados por esta gracia. Así el Espíritu confiere el espíritu de la vida, librándonos de la muerte (Rm 8); otorga la libertad a cada creyente, por lo cual hace de la comunidad la patria de la libertad: “Donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad” (2Cor 3,17); nos lava, santifica y justifica (1Cor 6,11); Sustituye la vieja ley y es la ley nueva o principio de moralidad nueva por la configuración con Cristo (Gal 5,18); Él es las arras del futuro depositadas en nuestro corazón (Rm 8; 2Cor 1); resucitó a Jesús y resucitará a quienes como él reciben su Espíritu y viven como él (1Cor 15).

---

14 Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo* (Salamanca 1997) 721-728.

El segundo tiene que ver con *el conocimiento de Dios y de Cristo*: El Espíritu revela al creyente las profundidades de Dios (2Cor 6,11; 2,10); nos concede el acceso al Padre, nos enseña a orar, nos configura con el Hijo y nos otorga la herencia de los hijos (Gal 4,4; Rm 8,15-16; Ef 2,18). El Espíritu es la memoria viva de Jesús. Nos recuerda su palabra y nos conduce a la verdad completa (Jn 16).

El tercero dice relación a *la función del Espíritu respecto a la vida interna de la Iglesia*: Reparte los dones y ministerios en la Iglesia para común utilidad (1 or 12); Capacita a los apóstoles como ministros del evangelio (2Cor 3,6); da unidad a la diversidad de carismas y ministerios (1Cor 12-13).

Finalmente, *en relación a la misión de la Iglesia en el mundo*, donde el Espíritu santifica la oblación de todas las gentes (Rm 15,15); otorga frutos al creyente (Gal 5,22); es la promesa y el don último de Dios a la historia (Hch 1-2; Joel 2, 28-32); suscita la diversidad de hombres y pueblos en la unidad y comunión apostólica, alentando la misión universal (Hch 2). Da testimonio de Jesús y defiende a sus testigos en el mundo.

¿Somos conscientes de esta acción y protagonismo del Espíritu en la Iglesia? Cuando San Lucas tiene que narrar los orígenes de la Iglesia escribe esa obra que llamamos *Hechos de los Apóstoles*. Es verdad, en el centro están los apóstoles, que desde Jerusalén, pasando por Samaría y Antioquía, llegan a todos los rincones de la tierra. Pedro y Pablo son dos de sus protagonistas. Pero si nos fijamos bien. En realidad, es el Espíritu quien es el protagonista real. Habría que decir que junto a los *Hechos de los Apóstoles*, se narran los *Hechos del Espíritu* realizados mediante los apóstoles y la Iglesia naciente. Él es la promesa del Padre enviado por Jesús resucitado, que es donado en la fiesta de Pentecostés (Hch), pero cuya presencia no termina aquí, sino que actúa de forma constante como en un Pentecostés permanente.

#### d) Lugar de acreditación de la fe

La Iglesia impulsada por el Espíritu, rica en sus dones, es el lugar de la acreditación de la fe y de atracción de los no creyentes. Para San Pablo cuando alguien de fuera se acerca a la asamblea cristiana, que con sus dones de lenguas y profecías celebra la eucaristía, tendría que ser convencido de que Dios mora allí, de que él está en medio de la Iglesia, pasando antes por el reconocimiento del pecado y atraído por Dios: “Por ejemplo, si se reúne toda la asamblea y todos hablan en lenguas y entran en ella no iniciados o no

creyentes, ¿no dirán que estáis locos? Por el contrario, si todos profetizan y entra algún no creyente o no iniciado, será convencido por todos, juzgado por todos. Los secretos de su corazón quedarán al descubierto y, postrado rostro en tierra adorará a Dios confesando: *¡Dios está verdaderamente entre nosotros!*" (1Cor 14,23-25). Este texto tiene que conducirnos a juzgar nuestras asambleas y eucaristías. Por su ritmo, por su belleza, por su verdad, por su música, por su silencio adorante, ¿realmente si alguien de fuera se incorpora en esa asamblea puede llegar a decir, *Dios está verdaderamente entre nosotros?* Cuando Benedicto xvi hace unos meses celebró la eucaristía en la Sagrada Familia de Barcelona, por su forma de celebrar (verdad) y el lugar de la celebración (belleza), muchos no creyentes no sé si se convirtieron, pero al menos, se sintieron impactados y cuestionados por dicha celebración. Tenemos que hacer un esfuerzo en cuidar nuestra vida litúrgica y sacramental, para que en ellas resplandezca aquel que es el centro y el alma. Es digno de consideración la falta de silencio, de respeto, de pérdida del sentido del misterio, la falta de autenticidad en nuestras palabras, el poco cuidado en las lecturas... en nuestras celebraciones. Todos ponemos buena voluntad, pero tenemos que hacer las cosas mejor, más bellas, más atractivas, que hagan más fácil sentirse atraídos por la verdadera presencia de Dios. Y no se trata de riqueza, de muchos medios, de barroquismo o manierismo... Nada más lejos. Gestos sencillos, sobrios, pero verdaderos y auténticos, tal y como pidió el Concilio Vaticano II.

#### e. Llamada a la santidad

Finalmente, la Iglesia como templo de Dios, participa de la santidad del Espíritu y tiene una vocación esencial a la santidad. Si Dios se hace presente mediante su Espíritu en la Iglesia, convirtiéndola en lugar de su presencia en medio de los hombres, lo hace desde dentro, comunicando su vida y su santidad. No es una presencia extrínseca, externa, sino interna y transformadora. Todo lo que entra en contacto con Dios queda profundamente transformado. La Iglesia no es sólo morada del Espíritu, sino que está penetrada por él. Es de su propiedad, es la posesión de Dios, no se pertenece a sí misma, sino al Dios santo. Por eso a ella misma también le pertenece el atributo de la santidad. Como confesamos en el Credo: una, santa, católica y apostólica. E incluso hablamos de la Iglesia sin más como comunión de los santos; y de los cristianos que forman la Iglesia, sin más "los santos". No en el sentido de

la perfección tal y como los hombres la entendemos. Sino porque a la Iglesia como templo del Espíritu y a cada cristiano, también como templo de Dios, le ha sido comunicada por el bautismo y los sacramentos, especialmente la eucaristía, la santidad de Dios. Esto no significa que esta Iglesia peregrina en la historia de los hombres, recibiendo en su seno a los pecadores, no necesite a la vez la purificación constante, la penitencia y la renovación. La Iglesia es santa y pecadora; santa por la presencia de Dios en ella; y pecadora por los miembros que la formamos.

Esto hace que la santidad es a la vez el don que Dios nos da y la tarea fundamental en el crecimiento de la Iglesia. La vocación fundamental de toda la Iglesia como templo del Espíritu y de cada cristiano como templo y propiedad de Dios es la santidad. Este no es un camino reservado para unos cristianos privilegiados, sino para la Iglesia en su totalidad y cada uno de nosotros en particular. Es verdad que cada uno según nuestra vocación y carisma, pero la misma santidad. El Concilio Vaticano II nos lo recordó en el famoso capítulo v de su Constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium*:

La fe confiesa que la Iglesia, cuyo misterio expone este sagrado Concilio, no puede dejar de ser santa. En efecto, Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y con el Espíritu se proclama “el solo Santo”, amó a su Iglesia como esposa. Él se entregó por ella para santificarla (cfr. Ef 5, 25-26), la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la llenó del don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por eso, todos en la Iglesia, pertenezcan a la jerarquía o sean regidos por ella, están llamados a la santidad [...]. En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, obedientes a la voz del Padre, adorando al Padre en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre y humilde y cargando con la cruz, para merecer tener parte de su gloria (LG 39 y 41).

### 3. EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

Nos hemos cuestionado por el crecimiento de la Iglesia. Crecer como comunidad desde la vida sacramental. Para ello hemos intentado compren-

der la forma de su constitución y estructura; es decir, cómo está la Iglesia construida por Dios: Quién está en los cimientos (Cristo); cómo está estructurada por diversos ministerios y carismas (apóstoles, profetas, maestros...); quién es el aliento que la sostiene, la mantiene y la hace crecer (Espíritu Santo). Esta presencia del Espíritu se renueva y actualiza en los sacramentos que acompañan el camino de la Iglesia y de todo ser humano que quiere responder libremente a la gracia de Dios: desde el nacimiento (bautismo) hasta su muerte (unción). En el centro de la vida de la Iglesia y de todo creyente está la eucaristía como alimento diario para el camino desde donde tiene que nacer su vida cristiana como de su fuente y culminar su trabajo apostólico como su fin; y el sacramento de la reconciliación y la penitencia, como ayuda y medicina que nos sostiene y alienta en nuestra debilidad. Habiendo recibido el Espíritu en el sacramento de la confirmación hemos sido constituidos en testigos de Dios ante el mundo para configurarnos cada vez más a Cristo, cada uno en la vocación específica que ha recibido y aceptado, ya sea para hacer las veces de Cristo cabeza y pastor (orden sacerdotal), para ser signo y sacramento del amor de Cristo por su humanidad (matrimonio) o signo escatológico de la plenitud consumada que todos aguardamos y esperamos (vida religiosa).

El crecimiento de la Iglesia se produce ante todo por el *camino del amor*. La renovación de la Iglesia y de sus estructuras desde la conversión personal. Y su misión en el mundo ante todo por la calidad de su testimonio que depende de la santidad de sus miembros. Esto no evita la necesidad de coordinarnos mejor; de asumir la responsabilidad de forma compartida; de edificar la Iglesia desde lo mejor de nosotros mismos; de la necesidad de reformar muchas de nuestras estructuras; de mejorar en nuestra capacidad de presencia y comunicación en el mundo moderno. Pero todo ello, sin esta vida y aliento del Espíritu que nos conduce personalmente a la conversión, al camino del amor y a la santidad, se quedaría en vacío. Cuando San Pablo tiene que aclarar un problema de aportación al crecimiento de la Iglesia por medio de los carismas, critica a aquellos que piensan que cuanto más raro sea su carisma, mejor. Se enorgullecen de ellos. Pablo invierte el orden de importancia. La jerarquía de los carismas no está en la extrañeza o en su singularidad, sino en la utilidad común; y como camino superior para todos está la caridad. Ese amor, que como el de Cristo, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (cf. 1Cor 12,31-13,8).



Podemos terminar con un texto, un poco largo, pero que resume muy bien esto que hemos visto esta tarde.

Os exhorto, pues, yo prisionero por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo, un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido convocados... A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida de los dones de Cristo... El mismo dispuso que unos fueran apóstoles; otros profetas; otros, evangelizadores; otros pastores y maestros, para la adecuada organización de los santos en la funciones del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo. Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina... antes bien con la sinceridad en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento y edificación en el amor (Ef 4,1-4. 11-16).

#### **IV. FIRMES EN LA FE**

Estar enraizarnos en Cristo supone participar en la edificación y construcción de la Iglesia; edificarnos en él como templo del Espíritu. Esta edificación no es para gloria y honor nuestra, ni de la Iglesia, sino para contribuir al crecimiento del Reino de Dios en medio del mundo y para que los hombres, “viendo vuestras buenas obras den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16). El testimonio de la fe en el mundo mediante nuestra vida, palabra y acción no es algo añadido a los elementos anteriores, sino la verificación última de este proceso de enraizamiento y crecimiento. Esto no

significa que lo importante sea el testimonio o nuestra acción, minusvalorando las dos realidades anteriores. Sólo si estamos arraigados en Cristo y edificados en su cuerpo, podremos dar auténtica y verdadero testimonio de la fe en el mundo. En lenguaje moderno podríamos decir que es la acreditación visible de las dos realidades anteriores. No podemos caer en la tentación y en la falsa disyuntiva de acción frente a contemplación, mundo e Iglesia, buenas acciones y fe en Cristo. Todo es necesario para dar frutos de fe y justicia.

## 1. UNA IMAGEN BÍBLICA

### a. Fundamento

Tal y como hemos visto los días anteriores, la expresión que centra nuestra reflexión de hoy “firmes en la fe” tiene también una profunda raíz bíblica. La fe en sentido bíblico es firmeza, ancla, seguridad, certeza, roca y fundamento. Desgraciadamente nos hemos acostumbrado a comprender la fe desde nuestra razón empírica e instrumental. Y así decimos que la fe es “creer aquello que no vimos” o creer algo que es absurdo o está más allá de la razón humana. No hay que negar que en algún sentido estas dos formas de entender la fe son verdaderas. Pero no alcanzan su significación más auténtica y más profunda<sup>15</sup>. La palabra fe viene de la raíz hebrea *aman*, que significa precisamente estar firme, fidelidad, permanencia: estar firme y seguro, de la que viene nuestra expresión amén. La imagen que mejor expresa esta relación de Israel con Yahvé es la de la roca. Tú eres mi roca, tú eres mi fortaleza, tú eres mi alcázar, el lugar donde puedo sentirme seguro y donde puedo poner mi absoluta confianza (cf. Sal 62). Así entendemos que fe sólo se puede tener en Dios. Cuando Israel cae en la idolatría, cuando cree en otros dioses, pone en riesgo su existencia. Por esa razón avisa el profeta Isaías al rey Ajaz que en vez de fiarse del Señor prefiere hacer alianza con los hombres poderosos: “si no creéis no subsistiréis” (Is 7, 9). Si no pones en Dios tu asiento y tu roca, si no te fundas en él, no podrás subsistir en el futuro. Tu seguridad es falsa y la casa que has construido amenaza destrucción. La fe tiene que ver con la decisión de construir la casa sobre roca, sobre un cimiento consistente que so-

---

15 Cf. A. CORDOVILLA, *El ejercicio de la teología* (Salamanca 2007) 76-87.

porte las tormentas y huracanes; o sobre arena, sobre un cimiento falso, donde la casa ante el primer envite o contrariedad se nos derrumbe. En este sentido es lógico que Dios sea comprendido como una roca y un refugio donde poner la vida a salvo y en seguro. La fe dice estabilidad y fundamento, porque quiere expresar el acto de confianza que uno tiene para poner asiento en una realidad, en otra persona, que le sostenga y le soporte. Pero para no confundirnos, debemos completar esta imagen con otras dos, muy cercanas a ella. La del camino y la de la luz.

#### b. Camino

Con esta misma imagen, la fe es descrita en la carta a los Hebreos como “fundamento de las cosas que se esperan” (Hb 11, 1). Una definición que recoge la imagen de la fe como fundamento, como la roca que se pone debajo para una posterior construcción, según hemos visto anteriormente. Pero si nos fijamos bien en la imagen añade una nota particular que es necesario integrar para no comprender la firmeza con la inmovilidad. La fe es fundamento, *hypostasis*, es decir, lo que se coloca debajo de lo que se espera. La fe, siendo seguridad y apoyo, es apertura al futuro que nos aguarda, es camino realizado desde la fidelidad de la fe y apertura a la esperanza de la promesa que nos aguarda. La fe es tanto roca como camino; seguridad y firmeza, como también riesgo y movilidad. La fe es respuesta a la llamada previa de Dios. Una respuesta que se traduce en un éxodo, en una salida de la tierra conocida a un lugar todavía desconocido. Por esta razón, la fe supone riesgo y arrojío, es un salto de lo conocido a lo desconocido, de lo que tenemos bajo nuestro control, a aquello que nos desborda y nos sobrepasa. La fe es camino y seguimiento, es participación en el mismo camino de Jesús vivido como servicio a los hombres y como obediencia a Dios, en su entrega a la muerte y en la participación en su victoria definitiva (cf. Rm 8,28-30).

#### c. Luz

Por eso, finalmente, habría que incorporar la imagen de la luz a la comprensión de la fe, especialmente si hay que dar testimonio de ella. Desde la certidumbre de un sólido fundamento (amor de Dios) podemos lanzarnos con atrevimiento al camino que tenemos por delante hacia la meta que nos aguarda. Pero para ese camino necesitamos una luz que nos guíe y nos ilumine. Por eso la Escritura habla también de la fe como una luz que implica

un conocimiento. La luz de la fe nos da profundidad y perspectiva en nuestra mirada, tantas veces atada a lo más bajo y superficial. Si la fe no anula la historia normal de los hombres, con sus avatares y aventuras, con sus gozos y sus sufrimientos, sino que nos pone en medio de los hombres en solidaridad de destino, sí nos sitúa ante los mismos problemas, angustias y esperanzas, desde un horizonte nuevo. El creyente sufre con el dolor propio y del prójimo, con la enfermedad y la muerte; padece el sinsentido que tantas veces aparece en medio de la historia de los hombres. La fe no es la varita mágica que hace más fácil nuestra vida eliminando de nuestro cuerpo el dolor y la muerte. Sino la capacidad para vivir esas realidades y situaciones desde la hondura y profundidad del misterio de Dios asociándonos a la vida de su Hijo por la fuerza y el don de su Espíritu. La fe es un cambio de valores respecto a lo que estimamos ganancia o pérdida. Es un conocimiento nuevo de Cristo, del poder de su resurrección y de la comunión en sus padecimientos, que nos lleva a correr una carrera en la que olvidando todo lo que está detrás nos lanzamos a lo que viene por delante, esperando que sea Cristo quien nos alcance y de su propia manos nos conduzca hacia la meta (cf. Flp 3,7-16).

Concluamos esta parte con un texto de Benedicto xvi que resume e integra estas imágenes diversas:

La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz suscita a su vez el amor. El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y así, llevar la luz al mundo (DC 39)

Esta es la tarea del testigo de la fe, del hombre que permanece firme en la fe.

## 2. EL TESTIMONIO DEL CRISTIANO: ENTRE CRISTO, LA IGLESIA Y EL MUNDO

El testimonio cristiano tiene como referente primero y fundamental a Cristo. Él es el “testigo fiel” que dio un bello testimonio ante Poncio Pilato (1Tm 6,13). El testigo de la verdad<sup>16</sup>. La forma como él se mantuvo firme en la voluntad del Padre ante las autoridades romanas, ante el sanedrín y ante todo el pueblo de Israel, es el fundamento y el modelo permanente del testimonio cristiano. En este sentido hay que entender cómo el Concilio Vaticano II cuando tiene que hablar de la misión de todos los miembros de la Iglesia (sacerdotes, laicos y religiosos) la primera referencia que hace siempre es a Cristo. Él es para la Iglesia en su totalidad y cada cristiano en particular la forma normativa del testimonio cristiano:

Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Fiel a su fundador la Iglesia ha de realizar su testimonio en fragilidad y pobreza sintiéndose solidaria de los pobres y los que sufren descubriendo en ellos «la imagen de su Fundador pobre y sufriente (LG 9).

El testimonio de cada uno de nosotros se vive y realiza entre el testimonio de Cristo como fundamento y modelo y el testimonio de la Iglesia como ciudad, como templo, como comunidad. Como vimos ayer, sólo en la armonización y trabazón de todos los carismas y ministerios formamos la Iglesia y podemos dar testimonio veraz y eficaz. Pero a la vez debemos ser cada vez más conscientes, en un contexto de diáspora y minoría, que yo, aquí y ahora, en este contexto, soy el rostro y el testimonio concreto de la Iglesia para el mundo. Ninguno damos testimonio de nosotros mismos: sino remitiendo a la comunidad eclesial, damos testimonio de Cristo para la vida del mundo.

¿Cómo podemos explicitar este testimonio? Según la doctrina clásica recogida por el Concilio Vaticano II cada cristiano participa del triple ministerio de Cristo como sacerdote, profeta y rey. En el fondo nuestro testimonio de fe en el mundo es una forma de participar en el ser y la misión de Cristo.

---

16 Así muestra el evangelio de Juan a Cristo en su pasión. Cfr. Jn 18, 37-19,11.

a. Jesucristo, sacerdote supremo y eterno

Jesucristo hace partícipes de su sacerdocio a todos los creyentes, les otorga su Espíritu y de esta forma los prepara para que puedan realizar ese ministerio en toda su existencia. La materia de la ofrenda son todas las realidades de su vida en el orden personal, familiar y social, todo el hacer y el vivir, llevados delante de Dios. Esta ofrenda se hace en la propia vida y se lleva a plenitud cuando se unen existencialmente a la ofrenda eucarística de Jesús. De esta forma se realiza la consagración del mundo (cf. LG 34).

b. Jesucristo, profeta escatológico

Jesucristo es la palabra última y definitiva de Dios en la historia, realiza su misión profética a través de todos los miembros de la Iglesia, no sólo de los que han sido designados como ministros de la palabra, sino a través de todos los fieles que poseen el ‘sentido de la fe y la gracia de la palabra’ (LG 35). Esta palabra profética como interpretación de la realidad, como memoria de Jesús, como consolación del Espíritu, como “parresía” ante los poderes de este mundo, como esperanza ante el futuro debe ejercitarse tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, en el mundo. Especialmente en medio de las estructuras seculares. Todos los cristianos, pero especialmente los fieles laicos son así heraldos de la fe en medio del mundo, y su testimonio tiene una fuerza y una credibilidad especial para los hombres de hoy, por surgir en las mismas condiciones de vida en las que ellos viven, poniendo de relieve de esta forma la posibilidad de la fe para todos y convirtiéndose indirectamente en una incitación a la conversión y a la fe. El lugar privilegiado de este testimonio es el matrimonio y la familia; el lugar de trabajo cotidiano; todos los lugares donde se desarrolla la vida personal y social.

c. Jesucristo, constituido *Señor y Juez del Universo*

Jesucristo, tras su humillación y solidaridad última con los pobres y pecadores, al adquirir el señorío y otorgarnos su Espíritu nos ha hecho partícipes de su victoria y potestad regia. Un poder y realeza que se concreta en una libertad soberana frente a todo tipo de esclavitud o dominio; en el fondo, una libertad para el servicio (cf. LG 36). “Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Cor 3,23). El testimonio de la ofrenda personal de la vida, y del anuncio del evangelio con la palabra, aquí se convierte en el trabajo por la transformación de las estructuras sociales para que dentro de ellas pueda

irse extendiendo el reino de Dios en la vida de los hombres: la verdad como iluminación y desenmascaramiento frente a la mentira y el error; la instauración de la justicia frente a la injusticia; la vida frente a todo tipo de ejercicio y reinado de la muerte; la libertad frente a todo tipo de esclavitud y sus manifestaciones; la cultura frente a la ignorancia como incapacidad para asumir el propio destino. Aquí hay que tener en cuenta que los cristianos somos miembros a la vez, de la sociedad y de la Iglesia y que sin poder separar ambos órdenes, hay que distinguirlos adecuadamente. Por la experiencia propia que tenemos sabemos que esto no es fácil. Y exageraciones se han dado en los dos ámbitos. Del ámbito secular que quiere fagocitarse el religioso o no permitirle que se exprese en lo que es de una forma pública e íntegra; del ámbito religioso que no respetando la autonomía secular quiere identificarse con ella para ser así más potente y eficaz. El carácter secular y plural de nuestra sociedad hace que esta cuestión sea cada vez más importante y delicada.

### 3. EL TESTIMONIO DE LA FE: ALEGRÍA, RAZÓN Y MISERICORDIA

En el contexto actual en el que vivimos, plural y secular, la firmeza en la fe no debe ser sinónimo de inmovilismo e intransigencia. Ni mucho menos de dureza de corazón. Recordemos que San Pablo hacía esta exhortación a los fieles de Colosas para que no cayeran en la tentación de querer completar la fe con otras prácticas que pusieran en entredicho la fe en Cristo como Señor de todo el universo. La fe en él es siempre efectiva y actual. Habrá que profundizar o mantenerse en ella en los momentos de duda para comprender mejor la forma como esa fe actúa a través del amor y de la caridad que quiere ser solidaria del sufrimiento de los otros. Y tendremos que esforzarnos en que el testimonio de esa fe pueda ser acogido como una realidad nueva y actual y no un fardo o una rémora del pasado. Aquí se nos pide fe pura y creatividad máxima.

Benedicto xvi, recogiendo la llamada de Juan Pablo ii, nos ha invitado a los cristianos europeos a una “nueva evangelización”. Somos ya cristianos que vivimos en la diáspora, como extranjeros (1 Pe), en una ciudad secular que más que atea o no creyente, se ha vuelto indiferente para la fe en Dios y crédula para otro tipo de dioses más cercanos. Esta nueva evangelización

ha de comenzar primero por nosotros, para que nuestra vida cristiana sea más verdadera y esté más fortalecida. Ya en el Sínodo extraordinario de los obispos con motivo de los 20 años de la clausura del Concilio Vaticano II se nos advertía y exhortaba:

La evangelización de los no creyentes presupone la evangelización propia de los bautizados. La evangelización se hace por testigos; pero el testigo no da sólo testimonio por palabras, sino con su vida. No debemos olvidar que en griego testimonio se dice martirio. Desde este punto de vista, las Iglesias más antiguas pueden aprender mucho de las Iglesias recientes, de su dinamismo, vida y testimonio hasta el martirio de sangre por la fe<sup>17</sup>.

Antes incluso, en la todavía inspiradora exhortación apostólica sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, Pablo vi ponía a toda la Iglesia en estado de misión y evangelización: hacia dentro de sí misma, para que su testimonio fuera más veraz y creíble; y hacia fuera para que el Evangelio pudiera llegar a todos los hombres ante las nuevas y complejas situaciones del mundo moderno: ruptura entre evangelio y cultura; descristianización; pluralismo religioso; indiferencia. Para ello afirmaba la importancia del testimonio de vida como proclamación silenciosa pero eficaz; la necesidad de un anuncio explícito, claro e inequívoco del Señor Jesús que provoque una adhesión vital de corazón a Dios y de entrada en la comunidad eclesial; y que termine convirtiendo al evangelizado en evangelizador.

#### a. Mostrar la alegría de la fe

De una forma muy personal, finalmente quiero señalar algunos aspectos o formas prioritarias que ha de tener nuestro testimonio de fe. En primer lugar, con toda nuestra vida, tal y como hemos visto antes, en todos sus dimensiones y en todos los campos de la actividad humana, hemos de *mostrar la alegría de la fe*. A mí esto cada vez me parece más importante. La ale-

---

17 *El Vaticano II, don de Dios. Los documentos del Sínodo extraordinario de 1985* (Madrid 1986) 76. El texto pertenece a la relación final, redactada por el relator del Sínodo, Godfried Card. Danneels, sometida a votación por los Padre y publicada bajo aprobación del Pontífice Juan Pablo II.



gría es fruto del encuentro del Resucitado y de la presencia del Espíritu. No es un signo de frivolidad ni superficialidad en la vida cristiana. Todo lo contrario. No podemos aparecer siempre como gente enfadada que parece que nos sienta mal que los demás, en un sentido, disfruten de la vida y gocen de su belleza de la creación. La fe no es el antídoto o el veneno frente a la alegría y la vida, como nos acusaba ya hace mucho tiempo F. Nietzsche. Sino todo lo contrario, la savia para que esta vida humana pueda ser vivida en toda su belleza y plenitud. Las parábolas del Reino en las que Jesús nos dice que es por la alegría que uno experimenta al encontrar la perla preciosa o el tesoro escondido, por lo que vende todo, deja todo y se lanza a esta bella y nueva aventura del Evangelio deben aparecer en un primer nivel de nuestra conciencia cristiana (cf. Mt 13,44-46). Debemos ante todo transmitir y comunicar a otros esta alegría que llevamos dentro. No olvidemos esta crítica entre ácida y burlona pero que puede tener su razón: “Mejores canciones tendrían que cantarme para que yo aprendiese a creer en su redentor; ¡Más redimidos tendrían que parecerme los discípulos de éste!”<sup>18</sup>.

b. Dar razones de la fe.

Ya he comentado que el mundo de hoy es cada vez más plural y los cristianos en Europa vamos siendo cada vez más una minoría, si no es número, sí en presencia pública, significativa y eficaz. Estar firmes en la fe ha de provocar en nosotros el diálogo sincero con los que no comparten nuestro credo y nuestra fe. No podemos ser fundamentalistas, sino que nuestro testimonio tiene que ser *inteligible y razonable*. La razón es el espacio común donde los hombres podemos dialogar en igualdad y libertad sin privilegios ni coacciones de ningún tipo. Tenemos que buscar espacios culturales de diálogo donde podamos proponer la fe ofreciendo razones para la esperanza (1Pe 3,15). A veces hemos abusado de la expresión clásica de que “la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”<sup>19</sup>. Nadie puede dudar de la verdad de esta afirmación; la historia nos lo demuestra, pero sólo cuando esa sangre *habla* bien, es decir, cuando la sangre tiene un logos razonable y amoroso

---

18 F. NIETZSCHE, “De los sacerdotes”, en: *Así habló Zaratustra* (ed. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid 1993) 141.

19 TERTULIANO, *Apologético* 50,13.

en la persona que se entrega<sup>20</sup>. La sangre sola puede ser semilla de violencia e irracionalidad. Decía un filósofo ateo que “la sangre es el peor testigo de la verdad”<sup>21</sup>. Los atentados asesinando a inocentes “sacrificando” su propia vida en aras de un dios o bien superior, no es testimonio sin más de la verdad “por la que se muere”. Sólo es semilla de verdad aquella sangre propia que se derrama por amor y misericordia incluso por lo que nos asesinan. “La verdad es ‘logos’ que crea ‘*dia-logos*’, y por tanto, comunicación y comunión” (CV 4). Por lo tanto, la verdad de la fe, además de con la vida personal, tiene que estar atestiguada y mostrada desde su razón interna y su capacidad generadora de diálogo, de comunión y de vida. Y esto nos conduce a la necesidad de la formación de la fe en todo creyente. Por poner un ejemplo reciente que muchos de nosotros tenemos todavía en la memoria y en las pupilas. Los monjes del monasterio de Nuestra Señora del Atlas en Tibhirine (Argel) que dieron su vida por mantenerse firmes en la fe y solidarios con los pobres y humildes musulmanes que vivían a su alrededor, lo hicieron desde una honda experiencia de Dios expresada en la celebración litúrgica y profundizada en buenos textos de teología. Desde aquí generaron una vida fraterna entre ellos y una implicación en el mejoramiento de las condiciones de vida de sus prójimos, siendo una de las más bellas apologías del Cristianismo en la sociedad contemporánea. El testamento espiritual del P. Christian-Marie Chergé es todo un ejemplo de cómo dar estas razones de la fe:

Si un día me aconteciera -y podría ser hoy- ser víctima del terrorismo que actualmente parece querer alcanzar a todos los extranjeros que viven en Argelia, quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recordaran que mi vida ha sido donada a Dios y a este país... Al llegar el momento, querría poder tener ese instante de lucidez que me permita pedir perdón a Dios y a mis hermanos en la humanidad, perdonando al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiere golpeado... De esta vida perdida, totalmente mía y totalmente de ellos, doy gracias a Dios porque parece haberla querido por entero para esta

---

20 Cf. Hb 12,24: “Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión... y al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersión purificadora de una *sangre que habla* mejor que la de Abel.” El subrayado en nuestro.

21 F. NIETZSCHE, “De los sacerdotes”, 141.

alegría, por encima de todo y a pesar de todo. En este “gracias”, en el que ya está dicho todo de mi vida, los incluyo a ustedes, por supuesto, amigos de ayer y de hoy, y a ustedes, amigos de aquí, junto con mi madre y mi padre, mis hermanas y mis hermanos y a ellos, ¡céntuplo regalado como había sido prometido! Y a ti también, amigo del último instante, que no sabrás lo que estés haciendo, sí, porque también por ti quiero decir este gracias y este a-Dios en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea dado volvernos a encontrar, ladrones colmados de gozo, en el paraíso, si así le place a Dios, Padre nuestro, Padre de ambos. Amén. Inchalá<sup>22</sup>.

La alegría (belleza) y la razón (verdad) de la fe, conduce necesariamente al testimonio de la fe vivida *desde el amor como misericordia y solidaridad* con el prójimo (bondad). Todos sabemos que esto es al final la mejor forma del testimonio cristiano. La alegría y belleza de la fe, expresada de forma comunitaria en su verdad razonable, finalmente se concreta necesariamente en una fe informada por la caridad, la misericordia y la justicia. No es casual que Caritas, Manos Unidas, por poner un ejemplo, sean dos de las instituciones más prestigiosas de nuestra Iglesia. Esto no significa que acaparen lo que significa este testimonio de caridad institucional. Pero es evidente que no necesitan explicarse mucho. Todo el mundo entiende qué es lo que hacen. Lo importante, en este orden, es que no olvidemos la razón que nos sostiene para hacer lo que hacemos, es decir, en nombre de quien lo hacemos; y la necesaria justicia que ha de nacer de esa forma de caridad y misericordia. La caridad y la misericordia nunca pueden ser un sucedáneo o un sustituto de la justicia necesaria que ha de darse en las relaciones sociales. Los cristianos tenemos que buscar junto con otros hombres y mujeres ésta; y aportar como algo específico y único la otra. Sólo en la medida que permanezcamos arraigados en Cristo, edificados en él y firmes en la fe podremos aventurarnos y arriesgarnos a que nuestra fe sea testimonio en medio del mundo de la *alegría* desbordante del Padre, de la *verdad* revelada en el Hijo y del *amor* divino derramado por el Espíritu.

---

22 PADRE CHRISTIAN M. DE CHERGÉ, Prior del monasterio de Nôtre-Dame del Atlas en Tihirine, Argelia: Argel, 1 de diciembre de 1993 - Tihirine, 1 de enero de 1994, *Testamento*.

Comenzamos nuestras jornadas situándonos en el contexto de la Carta de Pablo a los Colosenses para entender mejor su exhortación a permanecer en lo que hemos recibido, arraigados en Cristo, edificados en él, firmes en la fe. Una invitación que nada tiene que ver con instalarnos en lo ya sabido y aprendido; en parapetarnos en fortalezas inexpugnables. La invitación de San Pablo es una exhortación a que crezcamos en el conocimiento de Cristo desde la relación vital con él en fe y amor; a que trabajemos por la edificación de la Iglesia, templo del Espíritu con lo mejor que somos y tenemos; y que demos testimonio de la fe en el mundo: con alegría, verdad y amor.